



Temas como la crueldad y la piedad, o las relaciones edípicas entre padres e hijos, aparecen sobre las tablas.

CRÍTICA TEATRO

La tragedia implícita de Beckett

Tras 'El arte de la comedia', el Teatro de la Abadía presenta 'Fin de partida'

● La obra muestra al dramaturgo franco-irlandés en su pureza más destilada

● ● ● ● ○ 'Fin de partida', de Samuel Beckett. Director: Krystian Lupa. Teatro de la Abadía. Hasta el 23 de mayo.

Cordelia. Madrid

Hace apenas dos meses nos reíamos en el Teatro de la Abadía con el inmejorable comediógrafo italiano, Eduardo de Filippo, y ahora volvemos para la expe-

riencia siempre intensa del teatro de Samuel Beckett. En todo lo que hace la Abadía —algo así como una manufactura teatral de lujo— hay una mezcla de soltura y excelencia que lo mismo borda al

gran napolitano que al Beckett de humor más desolado.

En este *Fin de partida*, cuyo título alude a la desnudez del tablero de ajedrez cuando quedan pocas piezas, el drama-

turgo franco-irlandés se nos ofrece en su pureza más destilada: ni siquiera la representatividad icónica de *Esperando a Godot* alcanza la complejidad existencial de esta pieza, en la que Beckett es, por así decir, más Beckett que nunca, en su estupor y también en una risa que comienza más allá de la amargura.

Bajo la dirección del archifamoso Krystian Lupa, que lee el texto del autor franco-irlandés a la luz clarividente de la filósofa Simone Weil, asistimos a dos horas de un teatro desnudo, un teatro de la palabra en el que —paradójicamente— el núcleo está en lo implícito, en lo no dicho. La inteligencia fría de Beckett —gran aficionado él mismo al ajedrez— atempera la percepción trágica y el cariz críptico de una obra en la que quedan atrás las nociones de espacio y tiempo, así como de la propia acción, al tiempo que su magisterio en el diálogo da pie a un fraseo de comicidad cruel perfectamente adaptado al escenario poshumano en que se representa la obra.

En *Fin de partida*, Hamm, ciego y postrado, mantiene una relación de mutua dependencia con Clov, mientras los padres del primero viven en una especie de nichos, en el mismo refugio desolado y parcialmente soterrado en el que transcurren todos los diálogos. La crueldad y la piedad, la contemplación del mal humano, las relaciones edípicas entre padres e hijos, el sinsentido de la vida y, pese a todo, la voluntad de vivir, aparecen sobre las tablas de este refugio problemáticamente comunicado con el mundo a través de una ventana que —en principio, sólo en principio, Beckett sabe dejar todo en suspenso— da hacia el mar.

Este *Fin de partida* es, por tanto, una obra elíptica, exigente, en buena parte introspectiva, beckettiana en su retrato de la vida como una pasión anodina a través de cuatro personajes éticamente indigentes. Personajes que, en este caso, resultan insuperables, con un José Luis Gómez que llega a asustar de lo bueno que es en éste, su primer Beckett, y un Ramón Pons impresionante, famélico, demacrado en su humanidad arrebatada, en el nicho de Nagg.